

Es un error que un empresario se refugie en la patronal o que un trabajador se refugie en los sindicatos, en el sentido de traspasar sus propias responsabilidades a sus respectivas organizaciones

que se ha optado, hay que desarrollar el gasto público del modo más eficaz posible... El déficit presupuestario... sólo tiene solución afrontando el problema de a qué hay que apostar, a qué no hay que apostar, a qué apostar más y a qué apostar menos. «Hay un problema de replanteamiento de la estructura del gasto en el país... que habrá que resolver, ya que es el problema básico del sector público... Es perfectamente posible que la sociedad española piense que la sanidad debe ser sustancialmente pública, pero quizá haya otros sectores de prestación de servicios públicos en los cuales la población española puede encontrar iguales o mejores servicios si están en manos privadas. Incluso, además, en sectores caracterizados como públicos puede suceder que, en los términos de actividades y prestaciones de-

terminadas y supervisadas por el sector público, la gestión privada resulte más eficaz que la pública».

Responsabilidad personal

Naturalmente, como recuerda en esa entrevista el profesor Rojo, son —sin que ello implique desoir a los agentes sociales— los representantes políticos en el Parlamento los que tienen que decidir las prioridades y las opciones. De aquí la importancia de que los ciudadanos con derecho a voto sean conscientes de qué y a quién votan. Empresarios y trabajadores tienen unos derechos y unas obligaciones a los que deben hacer frente por su exclusiva cuenta, exigiendo sólo del Gobierno el marco legal adecuado para que puedan hacerlos efectivos. En este contexto, es un error que un empresario se refugie en la patronal o que un trabajador se refugie en los sindicatos, en el sentido de traspasar sus propias responsabilidades a sus respectivas organizaciones. Esto no se debe hacer.

Si se hace, las empresas no saldrán adelante y los trabajadores no conservarán sus empleos. Todos tenemos derecho a exigir una política económica que no deje en el olvido los intereses legítimos de un solo ciudadano, pero también es obligación de los empresarios respetar la ética empresarial y de los trabajadores cumplir con sus deberes. «El paro de larga duración —en palabras del profesor Rojo— es el destino más cruel que puede soportar una persona». De aquí que, en mi opinión, tenga poco sentido hablar de la Europa de las «patrias», de las «regiones» o de las «nacionalidades». El objetivo realmente importante, y al que no se puede renunciar, es el de la *Europa de las personas*. ■

Guillermo Cid Luna es licenciado en Derecho, Filosofía y Periodismo. Actualmente es director de Información del Instituto de Estudios Económicos.

«Otium» y «humanitas»

Por José Ignacio Ciruezo

HACE no muchos años de cierta universidad española solía iniciar las clases de primer curso asegurando a sus alumnos que el latín no «sirve para» nada. Y lo hacía para evitar, y evitarse, el bochorno de una muy probable pregunta en tal sentido en una Facultad de Filología.

El efecto psicológico era una airada sorpresa por parte de los alumnos, ilusionados en el trance iniciático que suponía el reciente ingreso en las aulas universitarias y, a la par, el general desconcierto de quienes tenían pensado preguntar, a la espera de justificaciones, ya sabidas de «utilidad», así como del consiguiente debate en el que nada arriesgaban (o eso creían). El efecto práctico era un ronroneo, luego murmullo y algún que otro balbuceo en *crecendo*.

En el segundo acto de la función, ya aquietada la sorpresa inicial, el profesor seguía asegurando que tampoco «sirve para nada» la poesía (aquí arriaban los decibelios murmurantes y se amagaba una minúscula danza de asientos inquietos).

En el tercer acto de la función, y anticipándose a la posible digresión de una reuelta algo más que retórica, el profesor planteaba una pregunta: ¿Qué se quiere decir, de verdad, cuando se habla de «servir para»? O, dicho de otro modo más crudo y directo: «Es «útil» sólo aquello que «sirve para» ganar más dinero? ¿No hay otras utilidades?»

El epílogo consistía en dar una lección sobre el significado

de una palabra y un concepto latino, muy intrínsecamente ligado a otros conceptos. La palabra es *otium*; los otros términos y conceptos el *negotium* y la *humanitas*.

Me sería difícil repetir aquí la clase (yo no tomaba apuntes taquigráficos, ni quizá sea éste el momento), pero la lección ponía de relieve, sin decirlo expresamente, la importancia del reconocimiento de nuestra lengua, del valor etimológico que nos devuelve el nombre de cada cosa, del carácter unitario de nuestra cultura: de cómo el *otium* latino no es el ocio/ociosidad (tan vituperado de moralistas), sino el olvido del pragmatismo y la libertad de espíritu que se requieren para cultivar saberes cuya única «utilidad» es el logro de la *humanitas*, es decir, del conjunto de cualidades que hacen del animal racional un ser humano. Y de cómo el *neg-otium* (negación del *otium*) es la actividad que, ella sí, «sirve para» ganar dinero. Entonces resultaba que los saberes gratuitos, así como la poesía, entraban en un orden de cosas que sólo sirven para hacer del animal racional un ser humano.

Uno sospecha que los inventores de los flamantes planes de estudio ¡perdón!, hay que decir «diseños curriculares»), los inventores, digo, de los diseños curriculares que se ciernen sobre nuestras cabezas, por lo menos de esas clases, nada parecen saber. ■

José Ignacio Ciruezo es catedrático de Latin de la Universidad Complutense de Madrid.